
**RELIGIOSAS EN SUS CASAS,
Ó LAS HIJAS DEL SANTÍSIMO É INMACULADO
CORAZON DE MARÍA.**

Instrucciones y reglas á las doncellas que quieren vivir
religiosamente en el mundo.

INTRODUCCION.

Despues de haber procurado dar á toda clase de personas los medios que me han parecido mas conducentes para que logren su santificacion en esta vida y la gloria eterna en la otra, temeria faltar á mi deber, y á la caridad universal que Dios me ha inspirado, si no cuidaba de ofrecerlos á una clase que ha llamado siempre mi atencion y cuidados en mis correrias apostólicas, y que me ha ocupado muchísimas veces delante de Dios.

A pesar del estrago y corrupcion tan general de costumbres, que parece debian haber extinguido en el mundo el espíritu y la vocacion religiosas, es tan crecido el número de vírgenes que Dios llama á la mas sublime perfeccion cristiana y á la vida religiosa, que en pocos dias se llenarian los antiguos claustros, si se les abrieran las puertas. Pero unas por falta de salud, otras por



faltarles la dote, estas por tener poca edad, aquellas por tener demasiado, y muchas finalmente por la situacion precaria de los actuales conventos, se hallan una multitud de fervorosas jóvenes, que por su inocencia y virtudes son el dulce consuelo de nuestra santa madre la Iglesia en el inmenso cúmulo de amarguras que la oprimen, las que, privadas de entrar en aquellos puertos de salud, están llorando su desgracia en el silencio de sus casas.

Mas no lloreis, amadas hermanas mias en Jesucristo; el Señor, á quien habeis elegido por esposo, y á quien habeis consagrado todos los afectos de vuestro amante corazon, os ha mirado con ojos compasivos, ha aceptado vuestros votos y quiere admitiros por esposas, abriéndoos todos los senos de su dulcísimo corazon. A lo menos así me lo hace creer un pensamiento que el Señor me ha inspirado, y que va á proporcionaros el que podais realizar todos vuestros deseos, abriéndoos un nuevo claustro, un claustro el mas dulce, el mas tierno y delicado; claustro que os procurará las ventajas mas esenciales de los antiguos conventos, y este será el santísimo é inmaculado **CORAZON DE MARÍA**. Sí, carísimas hermanas, mostrándoos Jesucristo el corazon de su santísima Madre, él será, os dice, vuestro asilo; sus ternuras serán la clausura que protegerá vuestra inocencia; y los insondables senos de su maternal amor serán los claustros y celdas, donde hallaréis el lugar de vuestro reposo y de vuestra felicidad. Venid, pues, vírgenes todas las que os sentís llamadas de Dios á este deliciosísimo claustro, seguras de ser admitidas sin otro requisito que la verdadera volun-

tad de entrar en él, y aquí se os dará el honroso y noble título de **HIJAS DEL SANTÍSIMO É INMACULADO CORAZON DE MARÍA**.

Para esto no necesitais ni salud, ni riquezas, ni otras prendas naturales: porque esta divina Madre, semejante al convidador del Evangelio, á todas admite sin exigir de las postulantes mas dote ni mas joyas que el rico vestido de la pureza. Esta, sí, deben traerla todas; con ella todas las vírgenes tienen abierta la entrada de este instituto, desde la mas tierna doncella hásta la mas anciana; y tanto la enferma como la mas robusta, tanto la pobre como la mas rica, todas pueden ser **HIJAS DEL CORAZON DE MARÍA**.

¡Dichosas una y mil veces las que tendréis la suerte de entrar en esta arca sagrada! pues así como fueron preservados de la inundacion general aquellos que entraron en el arca de Noé, así tambien serán preservadas de la inundacion general de la corrupcion de costumbres, que á manera de un diluvio está inundando la tierra, aquellas vírgenes felices que entren en este santo instituto, y se hagan monjas ó **HIJAS DEL CORAZON DE MARÍA**. Aunque tengan que vivir en medio de un siglo tan corrompido como el nuestro, no se contaminarán; serán como las azucenas y rosas en medio de las espinas: y al modo que las perlas se crian y conservan hermosísimas en medio de sus conchas ó madreperlas, por mas que estén rodeadas por todas partes de las aguas amargas del mar, ni peligran por mas que á su alrededor se levanten las olas mas encrespadas; así vosotras, vírgenes muy amadas, si como las perlas estais dentro de esta preciosísima concha ó ma-

dre del **CORAZON INMACULADO DE MARÍA**, os conservaréis limpias y blancas en medio de las pestíferas y amargas aguas del mar de este mundo; ni tendréis que temer, aunque se levanten contra vosotras las encrespadas olas de las contradicciones; ni tendréis por qué espantaros, aunque el infierno entero, aliado con los mundanos, brome contra vosotras. Estaréis dentro del sagrado **CORAZON DE MARÍA**, y esto os bastará.

Y vosotros, padres, madres y demás parientes y domésticos, no seais los enemigos, como dice el Evangelio, de estas almas que se quieren consagrar por esposas á Jesucristo. Si un hombre rico y noble del mundo os pide por esposa la hija ó la hermana, no hallais reparo, y de buena voluntad se la entregais; y si os la pide Jesucristo, el mas rico, el mas noble, el mas hermoso y bueno de los esposos, le dais con la puerta en el rostro, y os irritais contra esta niña venturosa. Acordaos, padres, y no olvideis vosotras, madres, lo que dice el Evangelio: *Nolite sanctum dare canibus, neque mittatis margaritas vestras ante porcos: No deis las cosas santas á los perros, ni echeis vuestras perlas delante de los cerdos.* Y ¿no es entregar lo santo á los perros, cuando entregais vuestras hijas cándidas é inocentes á esos hombres viciosos, que tanto abundan en nuestros infelices y desgraciados dias; á esos hombres jugadores, iracundos, blasfemos, glotonos, y peores que los perros rabiosos, de cuya saña son víctimas vuestras hijas, sus infelices esposas? ¿no es echar las preciosas margaritas ante los cerdos, cuando entregais vuestras candorosas hijas á esos hombres embrutecidos que, por mas que se hayan casado, no

dejan por eso sus antiguos tratos y abominables vicios? ¡Ah! ¡qué triste cosa no seria para vosotros el saber, por las amargas quejas y el acerbo dolor del corazon de vuestras hijas, los tratos é infidelidades de los maridos á quienes las entregásteis! ¡qué desgarramiento de corazon para estas víctimas al tener que servir á unos hombres que, segun la expresion de san Pedro, están revolcándose como cerdos en el lodazal de la impureza! Padres y madres, por Dios no seais los tiranos de vuestras hijas que quieren consagrarse á Jesucristo, poniéndolas en tan dura y bárbara esclavitud con el dulce y engañoso pretexto de matrimonio. Dejadlas, ya que así lo quieren, que presenten á Jesucristo el lirio de la castidad, pues ya sabeis que en la eleccion de estado son libres los hijos; y por lo tanto cometeis la mas alta injusticia obligándolas á casarse, cuando ellas quieren conservar su virginidad. Obrando de este modo las impondríais un estado, en el que tienen mucho que hacer para no perderse, aun aquellas que lo toman por gusto y aficion; y ¿qué harán aquellas que le tomen á disgusto y contra su voluntad? ¡Ay! serán infelices en este mundo, y se exponen muchísimo á perder su eterna salvacion. Cuando al revés, siguiendo su vocacion de continencia, pasarán sus años en la felicidad que es posible en este valle de lágrimas, y despues irán á disfrutar de las felicidades eternas, en donde nos veamos todos. Así sea.

CAPÍTULO I.

Excelencias y ventajas de la virginidad.

1. Nuestra voluntad es de tal condicion, amadas jóvenes, que no ama sino lo que se le presenta digno de su amor, y cuando ve que es grande el mérito y la excelencia de la cosa que se le presenta amable; cuando estas calidades se le presentan como cosa que le conviene mucho, es grande el ardor con que la abraza. Por esto ¡ah! si todas vosotras conociérais bien el mérito y la excelencia de la virginidad, seguramente la amaríais mas que la plata, el oro y las piedras preciosas; mas que todas las cosas del mundo, y aun mas que la propia vida. El Señor, pues, me ha inspirado para vuestra dicha, y para que sepais apreciar la joya inestimable de vuestra virginidad como ella se merece, el que con brevedad os dé de ella algunos conocimientos.

2. Y empezando por el principio, Dios nuestro Señor, criando á nuestros padres Adán y Eva, les adornó con mil gracias, y entre ellas les regaló la preciosísima joya de la virginidad, que conservaron no solo en el estado de inocencia, sino aun despues del pecado cuando fueron arrojados del paraíso. Bien es verdad que habiendo recibido la promesa de que saldria de su descendencia un Redentor, que repararía los estragos de su pecado, les fue preciso pensar en tener sucesion, para que en ella se cumpliese la promesa en la que se cifraban las esperanzas del linaje humano. Por la misma causa sus descendientes, en

los cuatro mil años que mediaron hasta el cumplimiento de la promesa, procuraban casar sus hijos con el noble objeto de proporcionarse la gloria de ser contados entre los progenitores del Redentor prometido, que habia de ser un Hombre-Dios. Por esto tambien los hombres mas santos y las vírgenes mas castas sacrificaban á esta gloria y dichosa esperanza la hermosísima y preciosísima joya de la virginidad. Estos santos deseos de los habitantes del mundo, en tiempo de la ley antigua, forman como una nube tan espesa, que en aquellos cuatro mil años casi nos impide el divisar la estrella resplandeciente de la mañana, esto es, la hermosura de la angelical virginidad.

3. Mas si en tan larga série de siglos, á excepcion de Josué, Elias, Eliseo, Jeremías, María, hermana de Moisés, y pocos mas, nadie sabe darnos razon de esta virtud angelical, acerquémonos á ella misma, escuchemos su voz, y nos dará razon de sí. «¡ Oh mortales! nos dirá, «yo soy una virtud divina, soy un atributo de la «Divinidad, y el mismo Dios se precia de ser llamado vírgen y casto. Con mi librea vistió sus «criados los Angeles en el momento que los crió: «yo fuí el adorno preciosísimo de los padres del «linaje humano, Adán y Eva, en el tiempo que «Dios les puso en este mundo; y aunque pecando perdieron la gracia y las virtudes infusas para sí y toda su descendencia, como yo gozo de «un fuero divino, nada pudo conmigo el pecado, «y á pesar de tan grande naufragio, en que casi «desapareció todo lo bueno que tenian, yo me «conservé en ellos y aun me conservo intacta en «toda su posteridad, y no los desamparo hasta que

« voluntariamente quieren perderme, ó les veo cómo meter alguna impureza. Entonces sí que huyo « con la rapidez del rayo, por el horror que me « inspiran los deshonestos é inmundos. »

4. Y para que no penseis, carísimas jóvenes, que son excesivos y apasionados los elogios que se tributa á sí misma, fijad vuestros ojos en el seno del mismo Dios, y veréis que en él está la fuente altísima y el origen de toda la virginidad que tienen los Angeles en el cielo y pueden tener los hombres en la tierra. El Padre eterno es padre, porque tiene la gloria de engendrar al Hijo con sola su eterna y fecundísima inteligencia, Y si es gloria del Padre el engendrar virginalmente al Hijo entre los resplandores de los Santos, también es gloria del Hijo el ser engendrado eterna y virginalmente por el Padre; y es gloria del Espíritu Santo el ser el amor virginal, eterno y personal, que procede del Padre y del Hijo. Por esto decia san Gregorio Nazianceno (*in carmine de vir.*), que la virgen mas soberana es la veneranda, inefable y sacrosanta Trinidad: *Prima Trias virgo est.*

5. El pecado habia desterrado casi enteramente de la tierra la virginidad, á lo menos la perdian generalmente los hombres; y ofuscados los ojos de los hijos de Adán con las tinieblas de la culpa, no descubrian ya su belleza, y habian enteramente olvidado su origen celestial. Por esto fue preciso que bajase el mismo Dios para mostrársela de nuevo; y al tomar carne humana y hacerse el Redentor del linaje humano, no la toma en una mujer, sino en el seno purísimo de una virgen, del que sale á los nueve meses, y nace en

Belen sin el menor detrimento de la virginidad de María su madre santísima. Es verdad que para esto es preciso trastornar las leyes mas constantes de la naturaleza, y multiplicar los portentos; mas no importa, se trata de la virginidad, y el Dios de la pureza no quiere encarnar sino en el seno de la pureza, ni vivir encerrado nueve meses sino en el santuario de la virginidad: no quiere tener una madre temporal que no sea virgen antes del parto, en el parto y despues del parto, y, léjos de menoscabarle en nada su pureza naciendo de ella, no hizo mas que consagrarla, como en honor de María canta la Iglesia: *Cujus virginitatem non minuit, sed sacravit.* Quiere tener un padre putativo en la persona de san José; mas fue preciso que fuese virgen. Si escoge y quiere ir en medio de dos grandes Santos, adornados con el nombre de Juan, el uno para precursor y el otro para secretario y apóstol de su amor, y para confiarle la custodia de su Virgen Madre, ambos debieron ser vírgenes. Y finalmente, si en el cielo forma un coro privilegiado y como una guardia de honor que le siga por doquiera que vaya, todos sus numerosos escuadrones han de formarse de solos vírgenes, únicos á quienes es licito cantar el misterioso y nuevo cántico, y únicos que irán adornados con la blanca laureola en premio de tan noble y angelical virtud.

6. Aunque no dudo, carísimas jóvenes, que el aprecio que hace Jesucristo de la virginidad os bastaria ya para formaros una grande idea de su excelencia, como os supongo muy devotas de la Virgen por excelencia, María santísima, quiero manifestaros también el sumo aprecio que hizo

de ella esta Señora. Ya desde niña habia consagrado á Dios su virginidad cuando fue presentada en el templo, y al contraer matrimonio con san José se habia asegurado de los propósitos de este, y que en un verdadero y legítimo matrimonio podria presentar siempre á Dios este fragantísimo lirio. Pero escuchadla en la conversacion que tiene con el Arcángel, cuando este la anuncia que ha de ser la Madre del Hijo de Dios. *Quomodo fiet istud?* le dice; como si dijera: Yo estoy resuelta de guardar á Dios la entrega de mi virginidad á costa de cualquier sacrificio, aunque tuviera que renunciar á la mayor fortuna, y aun á la dignidad excelsa y en cierto modo infinita de ser Madre de Dios. *Quomodo fiet istud?*

7. Ya hemos visto que el Señor, para manifestarnos la estima que hace de la santa virginidad, va formando con las vírgenes su guardia de honor, pues en el cielo son las vírgenes las que siguen de mas cerca al cordero sin mancilla Nuestro Señor Jesús. Pero las vírgenes ya en este mundo son como los Angeles de Dios en el cielo, y aun mas, en cierto modo, como observa san Juan Crisóstomo. Porque si los Angeles no se casan ni pueden cometer pecados carnales, no es extraño, pues siendo puros espíritus, no sienten los estímulos de la carne, ni les enternece una voz melodiosa, ni se conmueven con el aspecto de las cosas corporales. Pero que los hombres, revestidos de un cuerpo de carne y sangre, que se ven aguijoneados de los estímulos de la concupiscencia, y que se hallan rodeados de lazos y precipicios, se conserven puros y angelicales, ¡oh! no hay palabras para expresar su mérito ni elo-

gios excesivos para tributarles. Por esto un san Pablo, un san Cipriano, un san Efren, un san Ambrosio, y otros infinitos Padres y Doctores, se deshicieron en elogios de la santa virtud de la virginidad. Mas ¡qué frutos tan opimos no cogieron de sus sermones! ¡Oh! ¡qué escuadrones de Teclas, de Ineses, de Lucias, de Eulalias, y de Filomenas, al oír de sus bocas, ó al leer en sus escritos las excelencias de la virginidad, no se presentan con el lirio y la palma en la mano, habiendo preferido la virginidad á los maridos mas hermosos, á los patrimonios mas opulentos y aun á la misma vida!

8. San Cipriano, hablando de la virginidad, la llama «flor de la Iglesia, decoro y ornamento de la gracia espiritual, obra perfecta é incorrupta de honor y alabanza, imágen de Dios en la que reverbera su inmensa santidad, y porcion la mas escogida del rebaño de Jesucristo.» (*De habit. virg.*). San Ambrosio añade: «que la virginidad hizo venir del cielo lo que habia de imitar en la tierra... y que atravesando las nubes, los aires, las estrellas y aun los Angeles, se remontó hasta el seno del Padre, en donde, hallando el Verbo divino, le atrajo á sí con toda la fuerza de su espíritu. Porque ¿quién negará, continúa el mismo Padre, que bajó del cielo la vida virginal, que apenas vimos en la tierra hasta que el Hijo de Dios bajó del cielo? ¡Oh, cuánta es, exclama, la gracia de la virginidad, que mereció ser escogida para templo corporal del mismo Dios, en el que habitase la plenitud de la Divinidad!» (*Lib. I de Virg. c. 3*). Estas y muchas mas cosas dejó escritas en un li-

bro entero que compuso en alabanza de la virginidad. Además trataba tan á menudo en sus sermones de las excelencias de esta virtud angelical, y exhortaba á ella con tanta elocuencia y energía, que muchas madres, que por afectos de carne y sangre deseaban colocar sus hijas en el estado de matrimonio, las impedían el oír los sermones del Santo, temerosas de que, si le oían, prefiriesen la virginidad al matrimonio.

9. Y en efecto, motivos hubieran tenido de hacerlo, si á todo lo dicho añadís, carísimas jóvenes, que es tanta la belleza de la virginidad, que atrae el corazón de Dios á amar tanto las vírgenes, que se les da en calidad de esposo, y esposo tan enamorado, como si fuesen el tesoro de su corazón. Y por esto, cuando una vírgen cristiana da su virginidad á este Dios, se hace en el cielo una grande fiesta, y se solemnizan los desposorios con tanta pompa y solemnidad, que todo el paraíso resuena con los cánticos de alabanza, como lo oyó san Juan evangelista en una vision que nos refiere en el c. ix del Apocalipsis: *Alegrémonos, decían, y saltemos de contento, y demos gloria á Dios, porque han venido las bodas del Cordero.* Todos los ciudadanos de aquella bienaventurada patria son convidados á cortejar y á admirar la pompa del Cordero, príncipe de la gloria y esposo de las vírgenes, y el resplandor de su régia diadema con que va adornado en el día de su desposorio con alguna de vosotras, que llama día de la alegría de su corazón: *in die desponsationis ejus, et in die lætitiæ cordis ejus.* ¡ Oh grandeza divina de la virginidad, que exalta las vírgenes al mas alto estado, á la elevada dignidad de esposas de un Dios,

que se les da como un esposo á su esposa, y las recibe con la ternura y la fiesta que recibe un esposo á su esposa, y las hace como sus iguales! ¡ Oh dicha la de las vírgenes que se consagran á Jesucristo! A ellas las cabe la felicidad de tener un esposo, que ni en el cielo ni en la tierra puede hallarse otro ni tan bello, ni tan noble, ni tan rico, ni tan amable, como dice san Ignacio mártir.

10. Razon, pues, tenia la B. Clara de Monte Falco en apreciar tanto la virginidad, pues aseguraba: Que antes consentiría padecer todas las penas del infierno toda su vida, que en perder joya tan preciosa. Con razon la gloriosa doncellita santa Inés, cuando se le ofrecía por esposo el hijo del prefecto de Roma, supo responder que habia hallado un esposo mucho mejor. Con razon santa Domitila, sobrina del emperador Domiciano, á algunas mujeres que querian persuadirla que podía casarse con el conde Aureliano sin ningun detrimento suyo, ya que este consentia en que guardase su religion cristiana, les respondió muy resuelta: « Si á una doncella se le ofreciesen por esposos un monarca y un aldeano, ¿ á quién debería escoger de los dos? Yo para casarme con Aureliano tendria que renunciar á las bodas del Rey del cielo; y ¿ no seria esto una locura? » ¿ Qué hizo, pues, la prudentísima Domitila, para permanecer fiel á Jesucristo, á quien habia consagrado su virginidad? sufrió el ser quemada viva: muerte cruel, aunque muy dichosa para ella, con que la hizo morir su bárbaro amante. Una cosa semejante respondió la vírgen santa Susana á la embajada del emperador Diocleciano, parti-

cipándola que queria hacerla emperatriz casándola con su yerno, á quien habia elevado á la dignidad de César; y su respuesta generosa la valió el derramar su sangre por Jesucristo, y así volar al momento á unirse con el Esposo de las vírgenes. ¿Cuántas otras dichosas doncellas para desposarse con Cristo renunciaron la mano de monarcas? Así lo hizo la B. Juana, infanta de Portugal, que rehusó la mano de Luis IX, rey de Francia; así la B. Inés, que rehusó la de Fernando II, emperador; así Isabel, hija del rey de Hungría, heredera del reino, que rehusó la de Enrique, archiduque de Austria, y así finalmente muchísimas otras.

11. Ya no extrañaréis, pues, amadas jóvenes, que estas santas vírgenes hayan apreciado tanto su virginidad, y comprenderéis mejor toda la cordura de su conducta si consideráis que la virgen que se consagra á Jesucristo, pasa á ser toda de Jesucristo en alma y cuerpo; y esto queria significar el Apóstol cuando decia á los de Corinto: Que la virgen que se ha entregado á Dios, no piensa sino en agradar á Dios, y en ser toda de él. Cuando al revés, añadía, la casada, como es del mundo, no puede dejar de pensar en las cosas del mundo, y cómo ha de agradar al marido. Y por fin, concluía, que les decia todo esto para su provecho, exhortándolos á lo mas loable, y á los embarazos; pues que las pobres casadas tienen muchos estorbos para santificarse, estorbos tanto mayores, cuanto es mas alto el rango que ocupan en el mundo. Por esto conociendo las vírgenes de que os he hablado los grandes peligros de

perder su alma en esos grandes y ventajosos partidos, segun el mundo, los han rechazado con prontitud y con la mayor constancia y energía.

12. Y como es cosa que os importa sobremas, os la explicaré con la mayor claridad é individualidad que me serán posibles. Una mujer para hacerse santa, es preciso que se valga de los medios con que se adquiere la santidad; es decir, ha de frecuentar los santos Sacramentos, ha de hacer mucha oracion mental, ha de practicar muchas mortificaciones interiores y externas, ha de amar los desprecios, las humillaciones y la pobreza, en una palabra, ha de estar toda atenta en ver cómo podrá agradar del todo á Dios; por consiguiente ha de estar despegada del mundo, libre de respetos y sujeciones, y desprendida de los mismos bienes que por fuerza ha de poseer, y que el mundo tanto ama. Mas ¿y qué tiempo, qué oportunidad, qué socorros y qué recogimiento puede tener una casada para estar continuamente aplicada á las cosas de Dios? ¡Ah! deberá pensar en proveer la familia de lo que necesita, en educar los hijos, en contentar al marido, y en cuidar á sus padres, suegros, hermanos, cuñados y demás parientes, los cuales no será extraño que la molesten y estorben mas que el mismo marido: por manera que, como dice el Apóstol, deberá tener partido el corazon, dividiendo su amor entre el marido, los hijos y Dios.

13. ¿Qué tiempo la queda á una casada para tener mucha oracion, y para frecuentar los santos Sacramentos, si apenas tiene el tiempo indispensable para los quehaceres domésticos? El marido quiere ser servido, y se enfada y grita, si no

se cumplen con prontitud y del modo que quiere sus mandatos; los criados alborotan la casa, ya con disputas y contiendas, ó ya con pretensiones importunas; lloran los hijos si son pequeños, y enredan de mil maneras; y si son grandes, llenan de temores y angustias el corazón de las madres unas veces por las malas compañías con que se rozan, otras por los peligros en que se hallan, y otras por las enfermedades que padecen, sin contar otros mil cuidados, por darles carrera, por colocarlos en algun estado, etc., etc. Y en medio de tantos pensamientos y enredos, capaces de hacerle hervir los sesos en la cabeza, metida entre tantas distracciones, ¿qué oración podrá hacer la pobre casada? ¿qué recogimiento podrá guardar? En cuanto á la sagrada Comunión, apenas podrá recibirla los domingos. Tendrá, si, buenos deseos; mas comunmente tendrá que contentarse con ellos, y le será sumamente difícil, por no decir moralmente imposible, el atender con mas frecuencia á los interesantes cuidados que exige el importantísimo negocio de la salvación de su alma, único negocio necesario que tenemos entre manos. Es verdad que la casada podrá merecer mucho si sabe sufrir con paciencia y resignarse á la voluntad de Dios; pero en medio de tantas perturbaciones y enredos, sin oración mental, sin lectura espiritual, sin frecuencia de Sacramentos, y con tanta dificultad de vivir en el recogimiento interior, ¿cuán difícil no le será, por no decir imposible, tener aquella virtuosa paciencia y resignación?

14. Mas ¡ojalá no sintieran las pobres casadas otro daño que el estar impedidas de hacer sus

devociones, que el no poder hacer tanta oración, el no poder comulgar con tanta frecuencia, etc.! Lo peor es el grande peligro en que continuamente se hallan las infelices de perder la gracia de Dios, y con ella su alma. Porque se ven forzadas á presentarse en público al igual de las de su rango; tienen que pagar criados y mantener casa, se ven precisadas á ciertas visitas, á lo menos por razón de urbanidad, á conversar con personas de diferentes clases y sexos, y en su propia casa han de hacer indispensablemente lo mismo con los padres, parientes y amigos de su marido: y en esto ¡cuántos peligros de perder á Dios! Vosotras, carísimas jóvenes, no comprendéis quizás estos peligros: no queráis tampoco saberlos; mas bien lo saben por su propia y triste experiencia las pobres casadas. Es posible, sin embargo, que en vuestras mismas casas hayais observado algo de lo que corporal y espiritualmente pasa en vuestras madres. ¡Cuántas veces las habréis oído lamentarse de sus penas, trabajos, y escrúpulos de conciencia, á pesar de la mucha prudencia y disimulo con que habrán procurado encubrirlos!

15. Por lo tanto si resolveis conservaros vírgenes, y alguna vez os halláseis tentadas de tristeza, os diré lo que decía el Ilmo. Sr. Climent, obispo de Barcelona, á las vírgenes de su tiempo: «Desechad los pensamientos que os sugerirá el demonio de que estaríaís mas contentas, y seríais mas felices si hubiéseis elegido el estado del matrimonio. Porque san Pablo, condescendiendo en que las vírgenes se casen, les previene que padecerán la tribulación de la carne. Ba-

«jo cuyo nombre se entienden las innumerables
«aflicciones que lleva consigo el matrimonio, bien
«notorias á todos los que oimos los continuos la-
«mentos, y aun maldiciones, que dieron motivo
«á san Ambrosio y á san Agustin, para que ja-
«más quisieran ajustar, ni aconsejar algun casa-
«miento (*notado bien*). Y ciertamente son mas las
«casadas que las religiosas, que se explican ar-
«repentidas del estado que eligieron.» (J. C. M.
pág. 41). Otra explicacion tienen aquellas pala-
bras del Apóstol, que no juzgo prudente mani-
festar; pero bueno es que sepais que muchas
han pecado casadas, que nunca, ni aun en sue-
ños lo habian hecho siendo solteras. Y san Alfonso
Ligorio, que tan larga práctica tenia del confesionario,
añade todavía: «En tantos años que he
«oído confesiones de casadas de toda especie, no-
«bles y plebeyas, no me acuerdo haber hallado
«ni una sola que estuviese contenta con su suer-
«te. Malos tratamientos de los maridos, sinsabo-
«res de los hijos, necesidades de la casa, suje-
«ciones á suegros y rencillas con cuñados, dolo-
«res de parto (que van acompañados siempre del
«peligro de morir), celos del consorte, escrúpu-
«los y angustias de conciencia acerca la fuga de
«las ocasiones y la crianza de la familia, todo esto
«compone una horrible y continua tempestad en
«que viven envueltas las pobres casadas, gimien-
«do siempre y lamentándose consigo mismas,
«viendo que por su propia voluntad escogieron
«un estado tan infeliz. ¡Oh, cuántas me han di-
«cho con sollozos y lamentos: ah, padre, si hu-
«biera yo sabido lo que pasa en este estado, nunca
«jamás me hubiera casado!!! Pero las infelices

«están puestas en alta mar, ya no es tiempo de
«retroceder, y volver á la tierra firme de la vir-
«ginidad de donde salieron: y haga Dios que en
«medio de tal tempestad, agitadas de tan encres-
«padas olas, no llegue á naufragar su alma, por
«manera, que despues de haber pasado un in-
«fierno en esta vida, tengan que sufrir otro por
«toda la eternidad.»

16. ¿Y esta es la bella suerte que con su pro-
pia voluntad se escogen y procuran aquellas don-
cellas que siguen los fascinantes atractivos del
mundo? Mas ¿qué? replicará tal vez alguna, ¿que
entre las casadas no hay ninguna santa? Sí, al-
gunas hay, pues el matrimonio es santo; pero
¿cuáles? aquellas que se hacen santas entre los
martirios, sufriendolos todos por Dios, y con mu-
cha paciencia, y ofreciéndolos todos á su divina
Majestad con paz y sin inquietarse. Y ¿se en-
cuentran muchas casadas que hayan llegado á es-
te grado de perfeccion? Verdaderamente no fal-
tan algunas, pero son escasas, y las pocas que hay
sentiréis que no hacen otra cosa que arrepentir-
se y llorar de dolor por haber seguido al mundo,
cuando podian haber consagrado su virginidad á
Jesucristo, y haberse entregado todas á Dios, y
vivir contentas.

17. La verdadera fortuna, pues, y el estado
mas sublime y feliz es el de aquellas doncellas,
que renunciando al mundo con todos sus enga-
ños, se consagran á Jesucristo, y se dedican en-
teramente á su divino amor. Ellas están libres de
tantos peligros, en que se hallan á pesar suyo las
casadas: no están pegadas con su afecto ni á hijos
ni á maridos, ni á joyas ni á vestidos, ni á la mis-

ma vanidad que cautiva á tantas mujeres ; pues que mientras que las casadas para seguir á sus iguales y agradar al marido, necesitan ricos vestidos y galas con que ataviarse, á la virgen consagrada á Jesucristo le basta un hábito ó un vestido con que cubrirse, de modo que daría escándalo si buscarse adornos y vanidad en los vestidos. Ellas no tienen cuidados de casa, ni de hijos, ni de marido; siendo su pensamiento, y su único cuidado, cómo agradarán á Jesucristo, á quien han consagrado su alma y cuerpo y todo su amor. Ellas están libres de respetos mundanos y de etiquetas del siglo, y se hallan enteramente expeditas para acercarse á la sagrada Comunión, para tener mas oracion, y para leer libros espirituales, y están mas dispuestas para pensar mas en Dios, y estar unidas á él. Por esto dice san Anselmo: « Cuando las vírgenes no tuviesen otro premio mayor, debería bastarles la ventaja de estar libres de los cuidados del mundo para poder pensar solo en Dios; » y añade, que no solo en « el otro mundo tendrán una gloria grande, sino « que aun en este mismo gozan ya del premio anticipado de una continua paz. »

18. Por conclusion de este párrafo, os quiero poner aquí, amables jóvenes, lo que dice á cada una de vosotras el mismo Dios por su profeta Oseas (*capítulo II, 19*): *Te desposaré conmigo por toda la eternidad, haciéndote justa y santa, y coronándote de imponderables misericordias te desposaré conmigo, sin atender á tu alto ó bajo nacimiento, á tus riquezas ó pobreza, á tu salud ó enfermedad, á tu juventud ó vejez, y mucho menos á la hermosura ó fealdad de tu cuerpo, porque en mis es-*

posas solo busco la limpieza y hermosura del alma. Por haberte rescatado yo con el precio de mi sangre, eres mi esclava; pero ya que tú te has consagrado á mí por esposa, bien puedes llamarme tu esposo, y de hoy en adelante yo cuidaré de tí como padre, y te amaré como un esposo enamorado: te adornaré con mis joyas preciosas, te ceñiré con la justicia y te cubriré con un manto de santidad: no temas que te deje por otra, como lo hace todos los dias la infidelidad de los hombres, porque yo *soy fiel y veraz.* (Apoc. XIX, 11).

CAPÍTULO II.

Facilidad con que se puede perder la virginidad, y preservativos para conservarla.

1. Es grande por cierto y admirable la virtud de la virginidad, ó la castidad virginal; son grandes los elogios que la han tributado los Santos; y finalmente es inefable el premio que Dios nuestro Señor la tiene preparado en el paraíso celestial; pero no es menor el peligro que hay de perderla, ya se mire por parte de la misma virtud, ya por parte de los infinitos enemigos que la rodean, y ya de parte de la persona que la posee. De parte de la misma virtud de la virginidad es facilísimo el perderla, porque puede verificarse por pensamiento consentido, por palabra y por obra de impureza. De parte de los enemigos, que son los demonios y los mundanos: los demonios con sus sugerencias, representaciones obscenas, y de otras mil maneras procuran siempre hacer guerra á los frágiles mortales, y robarles tan pre-